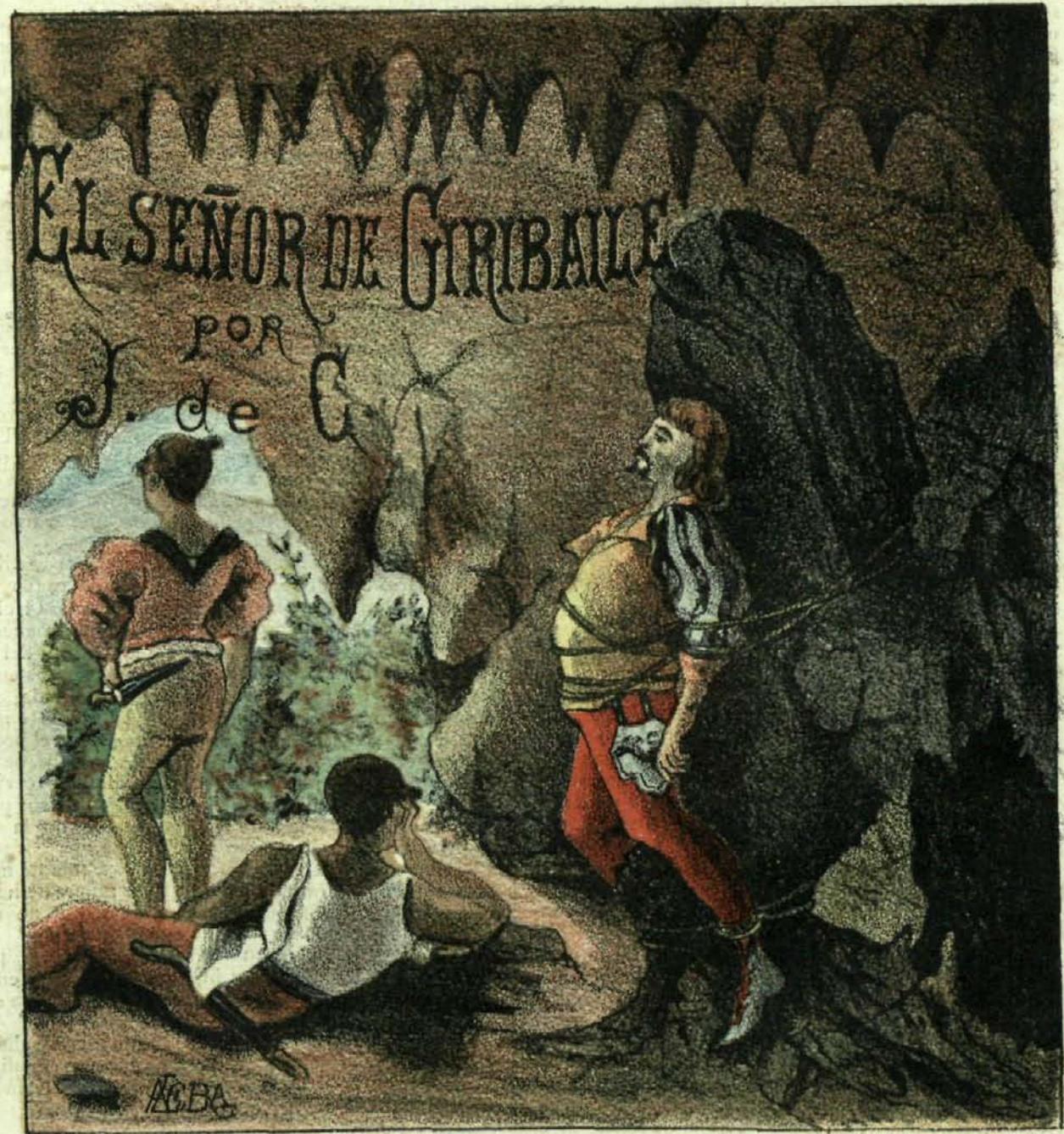




N.º corriente, 15 PRECIOS cénta; N.º atrasado, 25
 A los correspondientes, más de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 20 de Marzo de 1885

Se admiten suscripciones en toda España abonando anticipadamente 24 ejemplares, por 3 pesetas.—La correspondencia, reclamaciones y pedidos al administrador D. GUILLERMO OSLEG, Espíritu Santo, 48, Madrid.



Las mejillas del señor, arqueado sobre la roca como un condenado, palidecían por momentos

EL SEÑOR DE GIRIBAILE

por

J. de C.

I



a parte más pintoresca del reino de Jaén es el extenso valle que rodean, como dos murallas almenadas, Sierra Morena y Sierra Segura. Conforme se sale de Ubeda y Baeza, y al otro lado de su famosa loma, se extiende una llanura de algunas leguas de circuito, en medio de la cual se levantan Bailén y Linares en primer término, que se estrecha luego hacia la parte del Norte, dejando á la izquierda empingorotado sobre un monte áspero y circular el pueblo de Vilches, famoso por su ermita y por otras muchas cosas que sería prolijo enumerar. El valle se angosta entre unos montes chatos y despoblados, que llaman Sierra de Chapines, deja apenas sitio para una de las últimas colonias fundadas por Carlos III con el nombre de Arquillos; sobre las ruinas de otro pueblo famoso vuelve á ensancharse, abandona á Santistéban, colocada en las faldas de la derecha como una mujer sentada en las gradas de un viejo anfiteatro romano, al Castellar; todavía más alto, á la venta de los Santos á la izquierda, y si no fuera por las asperezas de Barranco Hondo, iría á perderse en las interminables llanuras de la Mancha.

Tres ríos surcan esas tierras.

El Guadalimar, poético como su nombre y enamorado de las gigantes adelfas que se miran en sus cristalinas aguas; el Guadarrizal y el Gualen, cuyo soberbio puente romano, tendido de un monte á otro como un gigante de espaldas contemplando el abismo, parece un desafío de la antigüedad á la edad moderna.

La Sierra de Chapines se prolonga en esa llanura por medio de un monte escarpado, cuya fachada casi perpendicular sostiene en sus hombros las ruinas de un castillo feudal.

Es el ángulo saliente de una fortaleza erigida el día de la creación, sobre cuya cresta el hombre ha querido poner el sello de su fuerza: ¡Gigante y pigmeo!

II

En las ruinas de esa fortaleza se descubren rastros de tres razas: la romana, la goda y la árabe.

Las líneas rectas y regulares de la primera se pierden en una ojiva, que no por ser obra de artista grosero, deja de tener elegancia; y rebuscando entre los escombros, hemos encontrado en otro tiempo, entre las raíces de una higuera loca, sacudida por los temporales de invierno, restos de mosaicos morunos que sirvieron tal vez á pavimentar el retrete de una sarracena melancólica y enamorada. A la cuenta, ese castillo sirvió en su origen á dos fines: á los de la conquista y la paz.

Por sus alrededores pasaba la gran vía romana, obra acabada del imperio, y natural era que en aquella situación casi inexpugnable se alzara una obra destinada á protegerla.

En sus faldas, los minerales más codiciados se elaboraban, y centenares de esclavos subían cargados á almacenarlos en las hondas cuevas del castillo, al amparo de sus fuertes murallones.

Los godos y los árabes le dieron á su vez el mismo destino, y desde su altura, la media luna amenazó constantemente las huestes cristianas, que tuvieron mil veces que alejarse de sus faldas en la gloriosa época de la reconquista.

Un soldado aventurero derribó aquella enseña ignominiosa y puso en su lugar la bandera de la cruz.

En merced de este servicio, el rey le colmó de favores, le donó el castillo y todas las tierras que se vieran desde la torre más elevada.

El capitán, que por lo visto lo entendía, levantó un torreón gigantesco, que hubiera llegado al cielo si no se lo hubiesen impedido las leyes físicas y cuando hubo encaramado á lo alto la última piedra posible, se subió encima y miró alrededor.

Todo aquello era suyo.

Al día siguiente montó en su caballo negro, fuerte como una roca y ligero como una pluma, y fué á poner las lindes de su señorío.

Al castillo le dió su propio nombre.

De cuando en cuando volvía á subir á la torre, miraba aquellas tierras cubiertas de mieses, de olivas y de vid, aquellos montes que resonaban con el balido de la oveja y el mugido del toro, aquellos ríos serenos y limpios como la hoja de su montante, daba al viento su orgullo y exclamaba:

Yo soy señor de Giribaile;
no me muero de sed ni de hambre.

Ese dicho soberbio se perpetuó en los labios de sus hijos.

III

Erase por los años de 1460.

Hacía ya mucho que el aventurero había muerto. Uno de sus nietos era entonces castellano de Giribaile.

La noche se había cerrado negra y tempestuosa. Sólo tres luces se veían en el ancho horizonte. Una en la iglesia de Vilches, la segunda en la ventana más alta del castillo, la tercera una legua más acá, en las orillas del Gualen. Cada una de esas luces presenciaban una escena del imponente drama que vamos á narrar.

En la iglesia, á los pies de la Virgen del castillo, sin cuidarse ni de la puerta abierta de par en par, ni del viento húmedo y helado que obligaba á las lechuzas á revolotear graznando por la nave hasta encontrar más abrigo en los recodos del edificio, ni del espantoso gemir del huracán que se engargantaba entre los peñascos del monte, una mujer arrodillada, casi desnuda, con los ojos puestos en la divina efigie, arrasadas las mejillas de lágrimas y levantado el pecho por los sollozos, rezaba, ó mejor dicho, gritaba, se retorcía los brazos, juraba, ofrecía, se callaba, volvía á gritar y volvía á abismarse en el desorden de sus pensamientos, que habían de ser amargos como la desesperación, ó crueles como la venganza.

¡Madre mía! decía con acento salvaje ¡madre mía! ¡qué no tenga perdón de Dios! ¡qué se muera de hambre como un perro! ¡qué se muera de sed y no encuentre quien le dé un vaso de agua!

¡Maldito mil veces, señora; maldito mil veces. ¡Me ha robado á mi hija, á mi hija que hacía raya en el pueblo! más rubia que unas candelas, más limpia que la patena.

¡Hija mía de mis entrañas! ¿dónde estarás ahora? Perdón madre mía, yo no sé lo que me digo; yo le perdono, señora, pero que me devuelva á mi hija, que me la devuelva.

Y mi marido que ya lo sabe y se ha salido de mi casa como una fiera; de mi casa, que esta mañana estaba tan alegre y sosegadita.

Y Juan que ha afilado el hacha, y yo que les he empujado y que les he dicho á los dos que vayan y que lo maten.

¡Perdón, madre mía; yo no sé lo que he hecho!

¡Devolvedme á mi hija, salvad á mi hombre, salvad á mi hijo!

Y la vieja cayó de nuevo en tal abatimiento, que á no ser por lo agitado de su respiración, hubiérase dicho que era la estatua del dolor profano, tallada á los pies del dolor sagrado que María representa.

Así pasó una gran parte de la noche.

El huracán arreciaba cada vez más, la iglesia se bamboleaba en sus cimientos y la lluvia, que entraba á raudales por la puerta, azotaba el rostro de la pobre madre.

Aquella mañana se había levantado al rayar el día, había despertado á su hija Asunción, mozuela de diez y ocho abriles, que era la envidia de las demás chicas del lugar por su troncho de pelo rubio como el oro y sus ojos azules como el cielo, y juntas habían atendido al cuidado de la casa, mientras que el padre, buen viejo de setenta años, cuya ancianidad había venido á dorar el nacimiento de aquella hija, como un rayo de sol poniente en un lienzo de ruinas, había salido á trabajar al campo con su hijo mayor llamado Juan, guapo mozo, que hubiera sido modelo de Hércules en lo antiguo y de San Cristóbal en lo moderno.

Aquella casa era una bendición de Dios. Antonia, como buena vieja, tenía el genio cascarreño; pero quería á sus hijos con delirio y, más que á Juan todavía, á Asunción, que con sus dichos y sus besos, la desarrugaba el ceño, acabando la madre por quedarse hecha una paparreta siempre que la chica agarraba la imperfecta vihuela de aquellos tiempos y la cantaba una canción morisca como las que entonces se ejercitaban en traducir los juglares vagamundos.

Una tarde, hacía más de dos meses, á eso de la puesta del sol, estaba Asunción tañendo y cantando en el umbral, mientras que su madre, puesta de espaldas, daba vueltas á la rueca mirando hacia el camino.

El eco de enfrente repetía con voz misteriosa los melancólicos sonidos de una canción de amores desdenados, y la muchacha, dejándose arrastrar por el encanto de las palabras y voluptuosidad de la nota, iba bajando la voz á medida que daba más pasión al acento.

Sus ojos, medio cerrados, se fijaban indecisos en el collado vecino, como buscando un sér á quien dirigir aquellas tiernas palabras, entre los vapores del río que se levantaban al tanto que la cresta reluciente del sol se hundía en el horizonte.

De repente parecióle que aquellos vapores iban tomando cuerpo, y que este cuerpo se iba aproximando á ella: abrió los ojos, miró fijamente, quiso hablar y no pudo.

A tres pasos de ella estaba de pie un hombre. No se le antojó hombre, se le antojó angel.

Erased un jóven como de veintidos años, de cabellos más negros que el ébano y de ojos más negros que sus cabellos.

Los últimos reflejos del sol doraban su tez morena y sacaban fantásticos resplandores de la rica pedrería que adornaba su traje de caza y de la finísima malla de su cota.

Estaba de pie con los brazos pendientes á la larga y las manos cruzadas en una admiración reflexiva

que también retrataba su mirada de fuego, fija en el blanco seno de la virgen.

Esta le vió temblorosa moverse lentamente hacia ella, doblarse, registrar con centelleantes ojos los tesoros mal recatados por el entreabierto corpiño, y depositar en sus labios el beso callado y misterioso del deileite.

No pudo más, sus labios se abrieron, y dieron paso á un grito ahogado de dolor... que también podía tomarse por un quejido mal reprimido de placer.

La madre se levantó sobresaltada, corrió á su hija la encontró desmayada en el suelo, alzó los ojos, vió á un hombre que se retiraba por el camino de la Sierra; dió un salto como una pantera y le asió de las vestiduras.

El mancebo se enderezó como un leon ofendido y volvió la cabeza hacia Antonia.

Al verle, cayó esta de hinojos á sus plantas.

El siguió su camino con paso lento y descuidado.

¡Dios mío! exclamó la pobre mujer cuando le hubo perdido de vista ¡Dios mío! el señor de Giribaile.

Y escondió su rostro en las manos como para no ver el porvenir.

IV

Antonia no dijo nada á su marido; pero desde aquel día veló sobre su hija con aquel amor de madre que no tiene comparación con nada de este mundo.

Si la mozuela bajaba al lavadero, la seguía con la vista desde lo más alto de la colina, y no se volvía sino cuando la veía ya reunida con sus compañeros de trabajo.

Por la tarde iba ella misma á buscarla y se la conocía en la cara la satisfacción cuando su hija la contestaba con la mayor inocencia á las preguntas llenas de sencilla malicia que su cariño y su zozobra le sugerían.

Sin embargo, de cuando en cuando la volvía á poner en cuidado un suspiro que se escapaba del pecho de la joven, al mirar la vihuela, que desde el día en que la suspendió el mancebo no habían vuelto á tocar sus manos.

¿Era un suspiro de amor? ¿Era un recuerdo, ó una esperanza?

¡Quién sabe!

¡Hay tantos misterios en el corazón de una doncella!

A medida que pasaban días, se iba Antonia tranquilizando.

Una tarde se entretuvo en casa, y no fué al lavadero por Asunción.

Volvióse ésta sola tarareando su canción morisca, y mirando con cierto negro presentimiento la caza que un halcón de los más hábiles daba á una pobre paloma torcaz.

El avecilla indefensa volaba y revolaba trazando círculos mil; pero su enemigo la seguía de cerca, y como si la fascinara, cada vez la iba abatiendo más, hasta que, casi exanime, vino á caer á las plantas de Asunción.

El halcón lanzó un grito terrible al precipitarse sobre su presa, y una exclamación de alegría le contestó como un eco al otro lado de los lentiscales.

Asunción palideció.

Algunos segundos después estaba á su lado el señor de Giribaile.

Asunción no supo lo que la pasaba.



El mancebo no quiso despertarla

Oyó una palabra de amor susurrada en sus oídos con acento tembloroso, y casi al mismo tiempo pisadas de caballos y gritos de cazadores que se aproximaban.

Luego una mujer que se burlaba de su turbación, algunos chistes groseros y una apuesta vergonzosa para su honra.

Dos brazos robustos enlazaron su débil talle, la levantaron en alto y la colocaron en la grupa de un caballo.

El caballo partió ligero como el viento.

La turba de los cazadores lo siguió con gritos de salvaje regocijo.

Asunción pudo gritar y no lo hizo.

¿Por qué?

¡Quién es capaz de adivinarlo!

El señor de Giribaile iba muy contento: había hecho buena caza.

Antonia salió á su puerta al ruido, y retrocedió espantada al ver la calbata que atravesaba como una flecha la llanura.

Reconoció á su hija, y maldijo la hora de sus nupcias.

Su marido y su hijo subían cantando por la veredilla de la casa.

Antonia se abalanzó á ellos, les señaló la alegre comitiva, y exclamó con voz sorda:

—¡Matadlo! ¡matadlo!

Las nubes se arremolinaban en el horizonte, y dos hombres, armados y furiosos, saltando arroyos, matas y breñas, se dirigían á las márgenes del Gualen.

Antonia se fué á la iglesia.

V.

El respetable anciano y su hijo fueron á llamar á la puerta de un molino situado á la misma lengua del agua en uno de los recodos que forma el tortuoso Gualen.

Ese molino, que entonces era una casucha de piedra y barro con techo de caña y yerbas, subsiste todavía, reformado por sus actuales dueños.

Se llama el molino del Oro.

Repetidas veces golpearon la puerta en vano. El silbido del viento y el chapalateo de la lluvia ahogaban sus golpes.

Juan pateaba de rabia, y ya la puerta iba á ceder á sus desesperados esfuerzos, cuando una voz varonil exclamó dentro de la casa, entre enfadada y soñolienta:

—¿Quién diablos llama á estas horas á la puerta del molino? Si es caminante extraviado, tome la trocha que verá á la izquierda, pase el puente y vaya á pedir hospitalidad al castillo, que aquí no hay cama ni lumbre, ni aunque la hubiera, es posada que abre sin más ni más la puerta al primero que se le antoja llamar.

—¡Al fin quiso Dios! exclamó el viejo; abre, Pepe, abre por todos los Santos, que somos nosotros, que venimos en busca tuya para que nos ayudes en el trance más amargo del mundo.

—¡La Virgen del castillo me valga! ¡Si es el padre de Asunción, si es Juan, dijo el de adentro, y se apresuró á descolgar la cadena que sujetaba las dos hojas de la puerta.

Erase un mozalvete de veinte años, fuerte como un roble y sano como una manzana. Harto de trabajar, estaba roncando á pierna suelta sobre unos sacos de harina, cuando logró despertarle el alboroto de los de afuera.

Al oír su voz se echó de la cama, y levantando en alto el candil, cuya luz sacudió fuertemente una ráfaga de viento, miró el rostro de los recién llegados.

Estos entraron, ó mejor dicho, se precipitaron en la habitación.

Venían chorreando agua.

En sus pálidos labios, en sus apretados dientes y en su mirada de fuego, vió el molinero una tempestad mayor que la que conmovía aquella hora hasta los cimientos de su casa.

—¡Dios mío! ¿qué ha pasado?

—¿Qué ha de pasar? repuso el padre; que ya no se pueden aguantar los desmanes del señor: que hace ocho días que de una almena del castillo cuelga el cadáver de Antón por haberse atrevido á matar un perro de presa que le había mordido á su hijo; que anteayer ha cruzado de un latigazo el rostro del viejo Martín sin respetar sus canas y su edad; ¡qué es un tirano, un asesino, un ladrón, que me ha robado mi hija, que te ha quitado la novia!

El mozo creyó que era presa de una horrible pesadilla.

Se pasó la mano por la frente, lanzó un rugido y echó mano de sus armas.

Aquellos tres hombres concertaron entonces el proyecto de su venganza. Cuando lo hubieron madurado, Juan volvió á salir y fué levantando uno á uno á todos sus deudos y amigos para que acudiesen al molino del Oro.

Todavía faltaban muchas horas para amanecer y ya se habían juntado más de cincuenta.

VI.

Asunción dormía mientras tanto en brazos de su amante.

La estancia estaba ricamente aderezada á estilo del siglo.

Las paredes desaparecían bajo tapices de pieles adobadas y flexibles como la seda. Grandes sillones de esculpido doseles hacían juego á gigantescos muebles de madera cuajados de atributos guerreros y de cacería.

Una lámpara colgada del techo alumbraba á medias el primoroso artesonado y derramaba su luz sobre el señor y su manceba.

La respiración de ésta era agitada.

Hondos suspiros salían de su pecho, y tal vez en sueños veía la escena que tenía lugar al mismo tiempo en las orillas del Gualen.

El señor, por el contrario, estaba tranquilo. Cualquiera hubiera dicho que su sueño era el de la inocencia.

Todo el mundo dormía en el castillo.

Sólo velaban los centinelas.

Y también una mujer que, desceñido el cabello y envuelta en negro manto, bajaba como quien teme ser seguida por una escalera falsa, y abría con mano temblorosa un postigo de hierro que, medio escondido en la maleza, daba salida al foso.

Lo entornó en seguida, y deslizándose como una sombra á lo largo de la muralla, fué contando sus pasos hasta llegar á un sitio donde se detuvo para practicar un reconocimiento.

Sin duda le fué favorable, porque con ayuda de unos peldaños toscamente labrados en la roca, que nadie hubiera podido adivinar, escaló el foso, no sin despedazarse antes las uñas para buscar un punto de apoyo.

Era la querida del señor de Giribaile, y aquella noche había tenido que dejar su sitio vacío para que lo ocupara Asunción.

¿A dónde iba corriendo desalada por las faldas de Chapines, hacia las orillas del río?

Sus labios sólo se entreabrían para murmurar palabras amenazadoras.

—Me han dicho que el novio de esa barragana es el molinero; que la quiere con delirio, pues bien, ahora lo veremos. ¡Me vengaré, sí! ¡Venganza! ¡venganza!

Y así llegó hasta la puerta del molino de Oro.

Y entró.

VII

Al verla, todos exclamaron sorprendidos:

—¡Su querida!

—¡Sí, replicó ella con calor, su querida, que viene á ponerlo en vuestras manos para que despedaceis al lobo como él despedaza al cordero! Su querida, que os trae la venganza que necesitáis, y que yo necesito también.

¿No eres tú el hijo de Martín? Pues el látigo que ha azotado la cara de tu padre azotará la tuya y la de tus hijos.

¿No eres tú el hermano de Antón? Pues su cadáver se pudre colgado de una almena, y los cuervos picotean su cráneo abandonado á la intemperie.

¿No eres tú el padre, no eres tú el novio de Asunción? Pues en estos momentos acaricia el robador su seno y recoge el fruto del crimen.

Si sois hombres, si teneis sangre en las venas, si os habeis reunido aquí para algo, echad suertes, que uno de vosotros me siga.

La puerta que me ha dado salida nos dará entrada.

Yo lo llevaré al aposento en que se encuentra nuestro enemigo común, le señalaré el sitio donde ha de herir y nos gozaremos juntos en las agonías de su muerte.

¿Quién quiere venir conmigo?

—¡Yo! contestaron á un tiempo todos aquellos hombres.

—No es posible que venga más que uno.

El menor ruido, el menor movimiento, nos vendería.

Hemos de deslizarnos como sombras para que no nos aperciban los centinelas de la torre. De lo contrario, ¡pobre de mí, y pobre también del que me siga!

Entonces se entabló una verdadera contienda entre el padre, el hermano y el novio.

El primero alegaba el derecho que tenía á lavar la afrenta hecha á sus canas; el segundo el deber que su edad le imponía de sacar la cara por la honra escarnecida de su familia; el último, en fin, los fueros del amor ultrajado, toda la amargura de sus esperanzas pisoteadas y de su corazón, salpicado de fango.

Fué forzoso que eligiese Estrella, así se llamaba la dama celosa, y eligió, naturalmente, al novio; como que los sentimientos de éste eran los suyos propios, y que, ardiendo los dos en el mismo fuego, más fácil le era comprender y guiar los movimientos de su ira.

Ambos salieron juntos del molino, dejando en la mayor ansiedad á los demás conjurados.

Media hora después llegaban, á favor de las tinieblas, á la orilla misma del foso.

La dama bajó primero, y el mozo se aprestaba á seguirla, cuando la luna, asomándose por entre dos nubes, lo iluminó con uno de sus más claros rayos.

—¡Quién va! gritó el centinela de una torre avanzada, junto al puente levadizo.

—Bajad pronto ó somos perdidos, dijo con voz ahogada la dama, á quien ocultaba la sombra misma del foso.

No era ya tiempo.

Una ballesta, disparada con mano certera, había atravesado el corazón del mozo, que dió un paso y cayó rodando á la profundidad.

La dama lanzó un grito de terror, y huyó, protegida por la sombra hasta llegar á la poterna, que cerró tras de sí.

Media hora después el cadáver del pobre molinero estaba colgado junto al de Antón, como un estandarte de desafío á la justicia del cielo.

VIII

El señor de Giribaile se despertó á los primeros albos de la madrugada.

Aquel día había concertado echarlo á reses y tenía citados en el hato del Cerro del Diablo á todos los cazadores de las cercanías.

Asunción seguía rendida por el cansancio.

El mancebo no quiso despertarla. Le dió en los labios un beso y bajó al patio.

Allí le esperaba ya aparejado su caballo favorito, y fuera del puente levadizo una cohorte de ojeadores y monteros que llevaban las divisas del señor, y cuya multitud demostraba su opulencia. Por delante iba, camino del Cerro del Diablo, una innumerable jauría de podencos apareados.

El caballo relincho al sentir el pie en el estribo, y salió piafando por el puente, cuyos maderos retemblaron con el peso de la alegre comparsa.

Al sentir en el rostro el aire húmedo de la mañana, el caballero dirigió la vista hacia la ventana de su aposento, como para volver á saborear con el recuerdo aquella noche de triunfos y placeres.

Entonces distinguió entre las nieblas del amanecer otro bulto más, colgado de sus almenas.

—¿Qué es aquello? preguntó sonriéndose. ¿Ha habido caza esta noche?

Y oyó de los labios de uno de los que le rodeaban, cómo Roque el ballestero, que estaba á la una de guardia, había visto á la claridad de la luna un hombre bajar al foso, y que le había atravesado el corazón de un tiro de ballesta.

—¡Bien por Roque! brava puntería; ¡tunante! exclamó lleno de entusiasmo, echando una bolsa de cuero al ballestero afortunado, que se ruborizó como una doncella al oír un requiebro.

Ahora veremos si tienes la misma suerte en el portillo que en la almena; al fin y al cabo todo ello es cazar.

Pero ¿y Estrella? repuso acordándose de su manceba. Como no viene con nosotros, ella que maneja el cuchillo de monte con más habilidad que el mismo Sr. Nemrod, el primer cazador de los tiempos antiguos, al decir de mi sabio maestro el bachiller García. Estará llorando su destronamiento de anoche ¿Si será capaz ese milano de desplumar hoy á mi paloma? añadió con una carcajada. ¡Bah! más vale que no nos eche á perder el día con su gesto avinagrado y esos malditos celos que Dios confunda.

Adelante canalla, dijo, y sin volver la cara atrás, dió espuelas al caballo y se puso á cantar:

Yo soy señor de Giribaile;
no me muero de sed ni de hambre.

Como para corroborar su dicho, la claridad del día se esparció por aquellos extensos campos, y plateó las corrientes de los ríos que serpenteaban por sus dominios.

IX

Las voces de los ojeadores y las ruidosas notas de los cuernos de caza que anunciaban la partida, despertaron á Asunción.

Al principio no recordó qué era lo que la había pasado.

Miró alrededor suyo, y el lujo de aquella estancia, maravilloso para ella, la entretuvo algunos instantes en vagas y misteriosas ilusiones.

Luego trajo á su memoria su casita de la loma, su madre tan limpia y bondadosa, su padre tan severo; su hermano, siempre alegre y casquivano, su novio tierno como el que más y formal como ninguno.

Entonces vió claro en todo lo que la rodeaba, abarcó la inmensa distancia que la separaba ya de aquellos sinceros amores, tuvo vergüenza y se tapó el rostro con las manos.

En esa postura permaneció largo rato sin cuidarse de una mujer vestida de negro que acababa de entrar en la habitación, y cuyos ojos que rodeaban el surco del insomnio, parecían salirse fuera de su rostro, pálido como el de un cadáver.

La orla de su manto estaba llena de lodo.

De pie se mantuvo frente á la mozuela, contemplándola en silencio.

Al cabo sus labios se entreabrieron para dar suelta á la aglomeración de ideas que estaban bullendo en su cerebro.

—Yo también he pensado como tú en los goces tranquilos de mi casa, en mis ancianos padres, de cuyo seno el seductor me sacó, no á viva fuerza, sino con dulces palabras, que el tiempo ha trocado en amargos desengaños. Yo también, después de una noche parecida á la que tú acabas de pasar, me he sentado sobre las ruinas de mi ventura y he derramado una lágrima en aras de mi ayer muerto, de mi triste presente, de mi porvenir sin esperanza. Y sin embargo, tú no le amas como yo; él ha manchado tu cuerpo, pero tu alma está pura, y no tienes que echar sobre tu conciencia el peso de tus desventuras. Yo sufro además el tormento de amarle y de ser despreciada. Soy su querida favorita, como el caballo y como el perro, que no excluyen de la cuadra á otros animales á quienes un día de capricho colma también de caricias.

¿Y eres tú? continuó excitándose cada vez más, ¿tú la que vienes á desbancarme? y te has figurado, miserable, que voy á convertirme en esclava tuya, aunque no sea más que mientras te marchita con su aliento el amo, como deshojaría una flor por puro pasatiempo?

¿Crees que ni una hora siquiera vas á ser aquí la señora, y que tu triunfo de anoche puede durar más que la tormenta que ya ha desaparecido? No me mires con esos ojos tan dulces, que no lograrás enterrecerme.

Te estoy buscando un castigo igual al torcedor de mis celos, á la rabia que desborda de mi corazón, y no lo encuentro.

¡Ah! gritó de pronto dándose una palmada en la frente, y asiendo con vigor el brazo de la joven; ven, que vas á ver á tu novio, al del Molino del Oro, al que te cogía ramos de flores cuando eras virgen y te ofreció llevarte para estas Pascuas á la iglesia á que el prior santificara vuestros amores. Ven, que vas á

verlo, te digo. Ahí fuera te está esperando con su vestido de día de fiesta, para cantarte trovas de amores al son de la vihuela. Viene á saber qué tal has pasado la noche, y es preciso que te asomes á la ventana: ven.

Y arrastrando á Asunción hasta el alfeizar, la obligó á sacar el cuerpo fuera, y la enseñó el cadáver del molinero, colgado de la almena.

Asunción no dijo una palabra. Miró fijamente aquel cuerpo que oscilaba á merced de las brisas matinales.

Su vista no se turbó, su rostro no se descompuso, ni una lágrima brotó de su pupila, ni un sollozo de su pecho.

De pronto arrancó á reír.

Y entonó su canción morisca.

Estrella se echó á temblar, y al ver las facciones inmóviles de la joven, y al oír los acentos que se escapaban de sus labios con dulce melancolía, la soltó el brazo y cayó de hinojos exclamando:

—¿Perdón, Dios mío, perdón! ella está loca y yo soy maldita.

X.

Cuando los conjurados se enteraron de la muerte del molinero, acreció el deseo de la venganza, y resolvieron satisfacerla de cualquier modo aquella misma mañana.

Las fanfarrias de la cacería les indicaron el sitio que había escogido para su sangrienta diversión la gente de Giribaile.

Y se apostaron en las salidas por donde tenían que pasar los cazadores.

Al primer portillo saltaron reses. La animación fué cada vez mayor, y los maestros aseguraron que, á pesar de sus años y experiencia, nunca habían visto el monte tan abundante de caza.

Todos revalizaban á porfía; pero entre todos, el que más llamaba la atención, era el señor de Giribaile, que seis veces hundió su cuchillo de monte en el pecho de otros tantos venados.

Su hermosura meridional resplandecía con la aureola de la juventud y del entusiasmo. Mientras que sus mozos descuartizaban la res y la llevaban al ható, él, incansable, volvía á subir á caballo, y mezclándose con los ojeadores, corría á levantar más reses al infernal desconcierto que armaban los ladridos de sus podencos, ó acudía presuroso al puesto vecino para disparar una ballesta en cuanto el pobre animal huído asomaba por la cumbre á olfatear el viento.

En una de esas se engrió persiguiendo á un jabalí, y se perdió entre unos tarajales, donde tuvo que echar pie á tierra.

Siguió dando algunos pasos, y apenas escuchaba ya á lo lejos el griterío de su gente. Perdió entonces esperanzas de adelantar camino, y liándose al brazo las riendas de su caballo, volvió atrás para salir de la espesura del monte bajo y reconocer el sitio que habían recorrido.

De improviso, y sin que él lo pensara, se vió cara á cara del padre y el hermano de Asunción, que le habían estado siguiendo los pasos desde que se apartó de la comitiva.

No le dieron tiempo á reflexionar.

Veloces como el relámpago, se echaron sobre el mancebo, le ataron de pies y manos, le fajaron la boca, le terciaron sobre el caballo, y atravesando trochas y matorrales, desaparecieron en lo más fragoso de la sierra.

Así anduvieron hasta el anochecer, sin tropezar con alma viviente.

Llegaron por fin á la boca estrecha de una cueva, donde penetraron con su carga.

El señor no podía hacer la menor resistencia.

Sólo con la mirada amenazaba tragarse á sus enemigos, que le pagaban con la sonrisa desdeñosa de la fuerza.

Los papeles se habían trocado.

En cuanto estuvieron dentro, lo afianzaron más todavía sobre un enorme peñón saliente que parecía obra de la naturaleza para otro nuevo Prometeo.

Y se sentaron al lado.

Así pasó la noche.

Y cuando volvió á amanecer, el rostro del señor estaba sereno.

Había comprendido que iba á morir, y no quería recrear á sus enemigos con el espectáculo de su dolor.

Juan salió al monte y trajo el frugal alimento que dan los árboles.

El padre y el hijo se pusieron á comer.

Y ni siquiera volvieron la cara hacia el cautivo.

Y trascurrió aquel día y aquella noche.

Y amaneció.

Pero sus facciones no se contraían, ni su mirada perdía el sello de la majestad.

Y ellos no le hacían caso.

Volvieron á comer y á beber.

Y cuando los rayos de un nuevo sol entraron en la cueva, las mejillas del señor de Giribaile estaban ya lividas.

Y pasó otra noche, y los albores de la mañana no hirieron la vidriosa pupila del señor, que seguía fija en sus verdugos.

Éstos le pusieron una mano en el corazón, que ya no latía.

En seguida montaron á caballo y desaparecieron como una exhalación.

Se dice que fueron á renegar al moro.

XI

Así murió de hambre y de sed el señor de Giribaile.

Aquel día lo buscaron por todas partes. Batieron la comarca, pero en vano.

Poco á poco se esparció el rumor de que caballo y caballero habían caído en una boca mina de la sierra, y ese rumor llegó á formar eco en toda aquella comarca.

Como el señor no tenía padres ni hijos, y sus vasallos le odiaban de muerte, á poco ya nadie se acordaba de él sino para referir los crímenes que había cometido.

Un deudo lejano había llegado al castillo, había tomado posesión de las tierras, había traído nuevas queridas y nuevos pajes; pero en son de amenaza y señal de escarmiento, ordenó que no se bajasen los dos cadáveres de las almenas.

Sólo una mujer indagó el paradero del señor.

En alas de su pasión, recorrió Estrella la sierra, no dejó mata, ni hueco, y al fin vino á caer desfallecida en brazos del muerto.

Con sus propias manos le dió sepultura, y, haciéndose custodia de sus restos, pasó vida penitente en la cueva de la Venganza, olvidada de los hombres, al misericordioso amparo de Dios.

XII

De cuando en cuando los pastores de la sierra, tendidos á la sombra de sus encinas seculares, oían el sonido de una vihuela y los melancólicos acentos de una canción morisca.

Una mozueta coronada de flores venía á pedirles los pedazos de pan que les sobran, y se los llevaba corriendo á su madre.

Era Asunción.

FIN

NOVELAS PUBLICADAS

La mujer de dos maridos.—El cuarto de hora de una mujer.—Fanny, historia de un amor desgraciado.—Libia, estrategia de un cazador.—La última carta.—El tesón de un padre.—La venganza de un torero.—La inocente Juliana.

EN PRENSA

En cadena perpetua. (Primera parte).

La Novela Ilustrada

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

Cada número constará de ocho páginas en tamaño pliego común, á dos columnas, y contendrá una bonita é interesante novela *completa* y original, ilustrada con láminas al cromo. Al fin de cada año formará un tomo de dimensiones muy regulares por un precio fabulosamente económico.

Precio del número corriente 15 céntos de peseta
Id. atrasado 25 »

EN TODA ESPAÑA

Los que deseen suscribirse directamente á esta Administración, abonarán por adelantado 3 pesetas, y tendrán derecho á recibir franco de porte 24 números.

Las reclamaciones, correspondencia y pedidos al Administrador D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

A los Sres. Corresponsales 250 pesetas la mano de 25 ejemplares.

PAGO ADELANTADO

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

